

Una historia olvidada

Pioneros del reportaje en Colombia

JUAN JOSÉ HOYOS

Según la idea más difundida, el reportaje moderno sólo apareció en Colombia a mediados del siglo XX. Sin embargo, por los documentos encontrados a lo largo de una investigación sobre la historia del reportaje realizada en la Universidad de Antioquia, se puede afirmar sin lugar a dudas que este género aparece en nuestro país a fines del siglo XIX y se desarrolla en forma definitiva en las dos primeras décadas del siglo XX. El siguiente es un fragmento del informe final de esa investigación.

“La noche del martes 2 de diciembre de 1873 fue una noche sumamente clara. Era la antevíspera del plenilunio y nada turbaba la habitual tranquilidad de las campiñas, tranquilidad más solemne, tal vez, por lo más silenciosa, en donde como en el Aguacatal, los campos son praderas, sin más árboles que los muy escasos que con los agavos y las zarzas, fortifican los vallados contra las invasiones del ganado del vecino. El viento corre libremente sin el murmullo que en las selvas produce por la agigantación del follaje.”

“A causa del aislamiento de las habitaciones no se sabe generalmente por las familias lo que sucede en la casa del vecino. No obstante, en la noche del 2 de diciembre sintió Manuel Antonio Botero, que dormía con su familia en una casa á 100 metros de distancia de la de la señora Echeverri y del otro lado del camino, como si en esta casa se golpera la puerta ó los muebles y creyó percibir al mismo tiempo un quejido..”

(...) “Al día siguiente, miércoles 3 de diciembre por la mañana, y de viaje para Medellín, (...) llegó á la casa de la señora Echeverri, y habiendo hallado cerradas la puerta y la ventana del frente llamó en voz alta a Sinforiano “porque oyó un quejido, dice él, y quería saber qué tal noche habían

pasado”. Ninguno contestó y los lamentos continuaron. Botero pensó abrir la ventana de la sala, pero no se atrevió á hacerlo, porque creyéndolos dormidos temió ocasionarles una molestia. Los lamentos continuaban, sin embargo, y el mismo silencio contestó á otro llamamiento hecho por él á Sinforiano. Entónces se dirigió a la otra ventana, la de la alcoba, que estaba abierta, se asomó por ella “y vió como gente acostada en la sala, sin poder determinar su número porque la ventana y la puerta del frente estaban cerradas” y la luz era escasa...”

(...) “El segundo hombre que se acercó a la casa fué Tomás García que llegó “apuntando el sol” y que debía ejecutar un trabajo relativo a la construcción de la casa nueva. Notando que la casa no estaba abierta y que ninguno se había levantado, llamó en voz alta á doña Juana y á Sinforiano, que no le respondieron; y estando cerradas aún la puerta y la ventana del frente, se asomó por la ventana lateral que estaba abierta, y por allí distinguió los cadáveres de doña Juana y de María Teresa á la cual se le notaba aún un resto de vida, por el movimiento de la respiración. Por la casa vagaban dos niñitos, uno negro y de uno á dos años de edad, ambos llorando y llamando á sus mamás...”

Parece una novela de misterio del siglo XIX. Pero son las palabras con que empieza el capítulo segundo de "El crimen de Aguacatal",¹ un extraño libro escrito por Francisco de Paula Muñoz Hernández, un escritor nacido en Medellín en 1840, quien a lo largo de su vida trabajó como periodista, profesor, funcionario judicial y parlamentario. Una muestra de esa variedad de oficios son los libros que publicó, además de "El crimen de Aguacatal":

"Escritos y discursos", "Tratado de legislación de minas" y "Nociones generales sobre minas".

En 1873, Muñoz participó en la investigación de un asesinato que conmovió a la ciudad. Cuando se enteró de los primeros detalles, él mismo no dudó en calificar el crimen como "una atroz carnicería": durante la noche del 2 de diciembre, cuando dormían, seis personas de una misma familia fueron asesinadas en su casa por varios hombres. Los primeros vecinos que cruzaron la puerta de entrada, al día siguiente, acompañados de un sacerdote, quedaron estupefactos al descubrir, uno tras otro, los cuerpos. Uno de ellos también halló, puesta debajo de una tarima donde acostumbra a dormir el jefe de la familia, un hacha ensangrentada.

La narración de 260 páginas fue escrita por Muñoz "a medida del desarrollo de los sucesos, y con toda la escrupulosa imparcialidad" de que era capaz, en momentos en que aún se ignoraba el desenlace de la historia.²

Un dato curioso: el libro fue el primero que se publicó en las

máquinas de la Imprenta del Estado Soberano de Antioquia.

Muñoz no era un periodista "de profesión", aunque escribió muchas crónicas y artículos en periódicos de Medellín, como El Album, La Voz de Antioquia, El Cóndor, La Justicia, La Tarde, El Fénix, El Esfuerzo, El Trabajo, El Mensaje Noticioso y La Miscelánea.³ En su época, en Colombia sólo se editaban periódicos políticos, y no existían aún los diarios dedicados a difundir noticias. Tampoco existían los redactores asalariados, ni los *repórters*, ni se hablaba del estilo narrativo que empezaban a inventar algunos de los periodistas de los diarios metropolitanos de Nueva York y de Londres. Por eso "El crimen de Aguacatal" jamás fue catalogado como un reportaje: la palabra ni siquiera existía en la jerga de las redacciones de los periódicos de 1870.

Pero leído hoy, más de un siglo después, la única palabra que podría definirlo de un modo justo sería esa. Y no sólo por el estilo ágil y directo que emplea Muñoz para contar la historia —no hay rastros en el libro de la acción congeladora del comentario, tan común en la crónica—, también, por el trabajo de investigación que realizó el autor. Muñoz lo dijo con sus propias palabras: "No hay línea que no podamos justificar con el proceso escrito, ni hecho independiente de él de que no tengamos la más completa seguridad. Las inesperadas peripecias que han cambiado su faz sucesivamente están pintadas con los colores de la situación y con las impresiones que

producían ó los juicios que provocaban en el momento de suceder: habrá con ello menos unidad, tal vez; pero habrá, de seguro, más verdad".⁴

Por ser "una narración que cuenta una historia completa, coherente y sustentada en hechos reales" —palabras del escritor colombiano Gabriel García Márquez al tratar de definir qué es un reportaje—; "una representación vigorosa, emotiva, llena de colorido" y producto de "la vivencia personal de un suceso" —palabras del autor alemán Emil Dovifat—; además, por estar escrita como "una pequeña novela de la realidad cotidiana" —palabras del periodista mexicano Vicente Leñero—, el libro de Francisco de Paula Muñoz es una muestra temprana, y tal vez singular, del reportaje en Colombia, en un momento en que en los periódicos ni siquiera se usaba esa palabra.

El crimen de Aguacatal" no fue la única pieza de periodismo narrativo que se publicó en Colombia durante las últimas décadas del siglo XIX. El 6 de agosto de 1881, en medio de la agitación política causada por las guerras civiles y los enfrentamientos entre el partido conservador y el radicalismo liberal, apareció en Santafé de Bogotá un periódico que rompió con todos los moldes estilísticos y gráficos de la prensa panfletaria y que además incluyó nuevos relatos en sus páginas: el Papel Periódico

1 Francisco de Paula Muñoz, EL CRIMEN DE AGUACATAL. Imprenta del Estado. Medellín, marzo 30 de 1874. Páginas 7 y 8. El libro consultado hace parte de la colección de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto, de Medellín. En las citas de este libro se conserva la ortografía de la época.

2 Las palabras son tomadas en forma textual del prólogo del libro. Ver: F. de P. Muñoz, obra citada, "Prólogo".

3 Los datos biográficos de Muñoz fueron recopilados por Jairo Morales Henao en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto.

4 Francisco de Paula Muñoz, obra citada. "Prólogo".

Ilustrado, fundado y dirigido por don Alberto Urdaneta.

El nombre de la publicación fue tomado del primer periódico que circuló en Colombia bajo la dirección del bibliotecario cubano Manuel del Socorro

Rodríguez, en 1791. A él se agregó la palabra "Ilustrado" ya que Urdaneta se empeñó en convertirlo en el primer periódico gráfico en la historia del país. Para lograr su propósito, contrató al grabador Antonio Rodríguez.

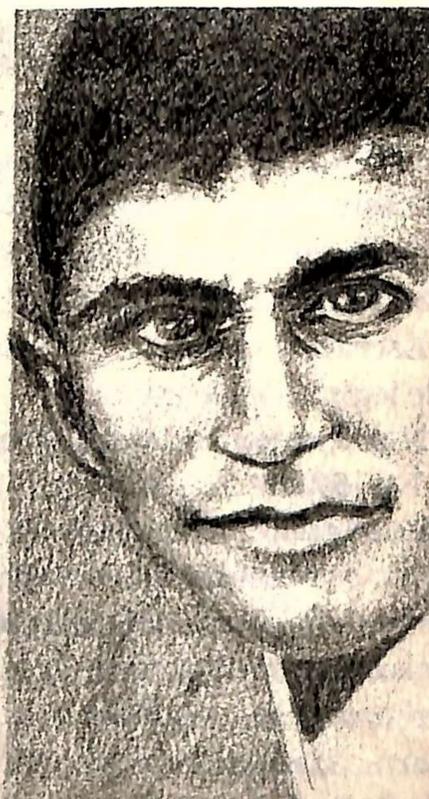
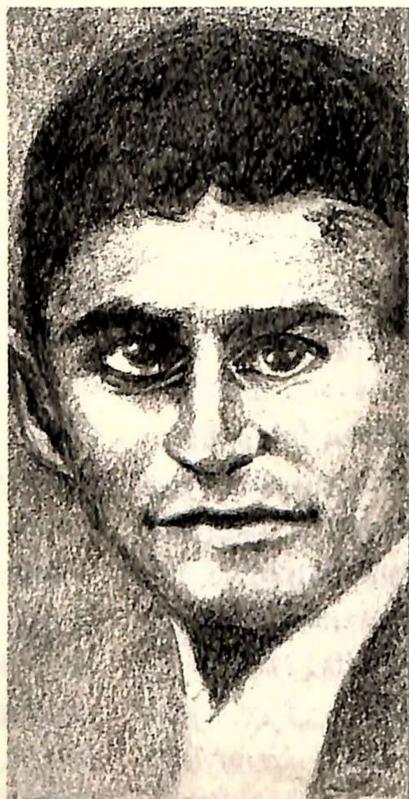
Urdaneta era un pintor y humanista perteneciente a una familia de la aristocracia bogotana. Recién llegado de Europa, donde se formó durante varios años con maestros

franceses, gastó casi toda su fortuna en fundar el periódico y sostenerlo, y en traer al país maestros que habrían de enseñar las técnicas de grabado en madera a un escogido grupo de artistas colombianos de gran talento.⁵

Los grabadores del periódico de Urdaneta se dedicaron a dibujar primero planchas con retratos históricos, paisajes, cuadros de costumbres. Así aparecieron uno tras otro los grabados de Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Antonio Nariño, Camilo Torres y otros próceres de la época de la independencia. También se publicaron los retratos de algunos escritores y dirigentes políticos como Miguel Antonio Caro, el presidente Francisco Javier Zaldúa y Manuel Uribe Angel. Luego, los grabadores se

ocuparon de ilustrar las primeras noticias que aparecieron en Colombia acompañadas de información gráfica. A esta época corresponde, por ejemplo, la publicación de la máscara

ejercicio de su cargo— de la pompa que revistió el cortejo fúnebre; o el interés con que en las salas de amplios cortinajes y olor de vejez de nuestras abuelas esperaban las entregas del Papel



mortuoria del presidente Francisco Javier Zaldúa, a los pocos días de su fallecimiento. Años después, estos mismos artistas aprendieron las técnicas del grabado en metal y el fotograbado, con la ayuda de otros maestros del oficio traídos de España.

Según Jim Hardy, la modernización introducida por Urdaneta en 1881 cambió hasta el formato de los periódicos, que hasta entonces era pequeño, y lo reemplazó por uno nuevo, amplio y más vistoso. "Es de imaginar el asombro con que el lector de provincia pudo darse cuenta —probablemente a las pocas semanas de ocurrido el fallecimiento del único Presidente que ha muerto en Colombia en el

Periódico, que hoy podemos imaginar basándonos tan sólo en el celo con que lo coleccionaban" dice Jim Hardy.⁶

El Papel Periódico Ilustrado no sólo revolucionó el aspecto gráfico y la presentación tipográfica de los periódicos colombianos. También introdujo una nueva forma de presentar el contenido, al proscribir de sus páginas los panfletos partidistas y acoger como colaboradores habituales a las figuras intelectuales más brillantes de los dos partidos tradicionales: Miguel Antonio Caro, Rufino Cuervo, Salvador Camacho Roldán, José María Samper, Manuel Uribe Angel, Pedro Nel Ospina, José Joaquín Ortiz, Manuel Ancizar, Aníbal Galindo, Medardo Rivas, Vicente

5 Este y algunos otros datos sobre los cambios tecnológicos registrados en la prensa colombiana de la época son tomados de la crónica de Jim Hardy "Rápido vistazo sobre el periodismo moderno en Colombia". CROMOS. No. 1099. Diciembre 11 de 1937. Esta crónica contiene datos históricos muy importantes sobre la transformación del periodismo colombiano desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la aparición de los grandes diarios del siglo XX.

6 Jim Hardy, ídem.

Restrepo, Jerónimo Argáez, Carlos Martínez Silva, Felipe Pérez, Rafael Pombo, Marco Fidel Suárez, Jorge Isaacs, Rafael Núñez, para citar sólo unos pocos.

Los colaboradores hacían parte de tres generaciones: los sobrevivientes de la revolución de 1850; los líderes del radicalismo y el conservatismo de 1880 y los nuevos valores de ambos partidos, que a partir de 1885 combatirían sin tregua en los campos de batalla hasta el final del siglo. Entre algunos de estos intelectuales estaban Jerónimo Argáez y Carlos Martínez Silva. En 1886 y en 1890, ambos se convirtieron en los continuadores de la obra y el estilo periodístico renovador de Alberto Urdaneta, al fundar *El Telegrama* y *El Correo Nacional*, los otros dos periódicos modernos publicados en Bogotá a fines del siglo XIX.

El sentido del periodismo que tenía Alberto Urdaneta puede advertirse desde el primer número de su publicación: "El Papel Periódico Ilustrado no tiene filiación política; es campo neutral á donde no llega ni el eco de las luchas en que desgraciadamente se agita nuestra sociedad. Esta sección no registrará, pues, sino los hechos culminantes que merezcan ser conocidos o que deban pasar a la posteridad, sin que sobre ellos nos permitamos hacer comentarios, ni emitir opiniones que pudieran juzgarse apasionadas."⁷

Además de los grabados, Urdaneta introdujo en las páginas del *Papel Periódico Ilustrado* los retratos y perfiles de estilo literario. En el segundo número, por ejemplo, él mismo escribió de su puño y letra el primero de ellos: el del general Daniel Florencio O'Leary, oficial inglés que

participó en la guerra de independencia y llegó a ser edecán de Bolívar. Luego murió en Santafé de Bogotá.⁸ El relato hace un recuento de los datos principales de la vida del oficial y luego describe en forma detallada la solemne ceremonia en la cual las cenizas de O'Leary son entregadas por el gobierno colombiano a una delegación del gobierno de Venezuela, con el fin de depositarlas junto a la tumba de Bolívar.

Urdaneta también escribió perfiles de algunos personajes vivos en los cuales se advierte su sensibilidad, su capacidad de observación y su agudeza de retratista no sólo del lienzo sino del papel. Estas cualidades pueden comprobarse en el breve relato que acompañó la publicación de un grabado de Rafael Núñez en las páginas del periódico: "La fisonomía del doctor Núñez presenta aspecto pensador, nariz aguileña, mirada fuerte al través de sus ojos azules, abundante pelo claro, barba ya muy cana. Su presencia es la de un hombre que ha vivido de prisa y en cuya vida hay años que se cuentan por dos. Trabajador literario y político incansable, su espalda comienza a abultarse a fuerza del manejo de la pluma. Su talla es regular, habla siempre que quiere convencer, con vehemencia, y levanta la mano izquierda á la altura de su cara siempre que quiere dar más vigor a lo que dice".⁹

Otro retrato similar fue el de Dimas Daza, el último veterano de la guerra de independencia que aún se hallaba vivo en Santafé de Bogotá. Urdaneta publicó su grabado y en una página adyacente, en un relato también breve, contó su historia: Daza

había peleado al lado de Antonio Nariño en la guerra civil de 1813 y luego había combatido en las filas del ejército libertador en las batallas de Palacé, Calibío, Juanambú y Boyacá.

Su sentido visionario del papel del reportero, oficio que aún no existía en el país, puede entreverse en la relación que Urdaneta escribió sobre la reunión celebrada en París en mayo de 1879 para definir el trazado del Canal de Panamá. A ella asistieron el ingeniero francés Fernando de Lesseps y representantes de todos los gobiernos y entidades financieras que compraron acciones de la empresa constructora del canal. Urdaneta participó como delegado de una asociación de colombianos constituida en París para apoyar el proyecto.

La relación escrita por Urdaneta hace un recuento de todos los pormenores de la reunión, donde se discutieron cinco posibles rutas de apertura del canal: sólo hechos. Ningún comentario. Algo desacostumbrado hasta entonces en la prensa nacional. El relato apareció acompañado de un grabado de página completa con el retrato del ingeniero Lesseps, quien se había vuelto famoso en todo el mundo por haber logrado terminar con éxito la construcción del Canal de Suez.

Para la celebración del aniversario de la independencia en 1882, Urdaneta hizo gala de su peculiar sentido del periodismo al publicar dos "relaciones" sobre los hechos del 20 de julio de 1810 en Santafé de Bogotá. La primera había sido escrita por Francisco José de Caldas. La segunda, por el español José Llorente, supuesto dueño del florero que desató la ira

7 Alberto Urdaneta, "Crónica Interior". PAPEL PERIÓDICO ILUSTRADO. Santafé de Bogotá. No. 1. Agosto 6 de 1881. Página 18.

8 Alberto Urdaneta, "Daniel Florencio O'Leary". PAPEL PERIÓDICO ILUSTRADO. No. 2. Octubre 10. de 1881.

9 Alberto Urdaneta, "Rafael Núñez". PAPEL PERIÓDICO ILUSTRADO. No. 12. Abril 10 de 1882. Página 182.

de los patriotas en esa fecha. De acuerdo con los datos contenidos en los dos documentos, el florero al parecer no existió, pues no se menciona en ninguna. Ambas relaciones contaban la misma historia pero desde dos puntos de vista opuestos: el de los criollos y el de los españoles. Los dos relatos fueron publicados uno al lado de otro, en columnas enfrentadas: otra innovación desacostumbrada no sólo desde el punto de vista tipográfico sino ideológico, pues fueron muy contadas las ocasiones en que un periódico del siglo XIX cedió sus páginas a un adversario político para que expresara en forma libre sus puntos de vista.

Pero la historia más original que publicó don Alberto Urdaneta en las páginas de su Papel Periódico tal vez sea la narración de su excursión por el cementerio de Bogotá, aparecida el 2 de noviembre de 1884 con el título de "El día de difuntos".

El relato empieza con un grabado donde se muestra un croquis detallado del campo santo, seguido de un prólogo en el que Urdaneta advierte cómo preparó el texto y cómo tomó apuntes a lo largo de la excursión, mientras recorría palmo a palmo las galerías, y pide perdón a los deudos si olvidó incluir el nombre de alguno de los muertos registrados en las lápidas.

La relación está dividida en cinco partes. La primera habla del origen de la palabra cementerio, una voz griega que significa dormitorio, y de las costumbres funerarias de las civilizaciones más antiguas. La segunda hace un recuento de las disposiciones jurídicas que dieron lugar a la creación del cementerio de Santafé de Bogotá y cuenta los pasos que hay que dar desde el atrio de la catedral, en el parque de Bolívar,

para llegar hasta sus puertas: en total, 3.130 pasos "y algo como tres cuartos de hora, al andar no muy apurado del acompañamiento". La tercera describe físicamente el lugar, desde la entrada: las puertas, las siete columnas de las siete galerías con sus inscripciones, y las lápidas, una por una, con los nombres que están grabados. Tres páginas y media del periódico, con el nombre de cada difunto y la fecha de su muerte. La descripción de las lápidas está acompañada de una abreviatura en la que se discrimina el material: mármol blanco, piedra de Hato Viejo, mármol negro, vidrio pintado de negro o tumba sin lápida. La cuarta parte describe los 59 monumentos, uno tras otro, dando las medidas de algunos de ellos. Por último, la quinta parte, habla del precio de las bóvedas, describe la fosa común y el cementerio de los pobres y acaba registrando el monto de los sueldos que perciben tanto el administrador como los sepultureros.¹⁰

Ninguno de los géneros periodísticos empleados habitualmente en los periódicos colombianos anteriores al Papel Periódico Ilustrado se parece a un relato como éste, alucinado y preciso, y escrito en una prosa impecable, muy distante de la prosa partidista y de la retórica decimonónica. Por eso y por todo lo dicho sobre su forma de entender el periodismo, don Alberto Urdaneta es uno de los grandes precursores del reportaje, y del periodismo moderno, en Colombia.

Aunque la narración sobria y los detalles minuciosos de "El día de

difuntos" y de "El crimen de Aguacatal" las convierten en obras casi únicas en su género, éstas no son las únicas narraciones basadas en la observación propia o en los testimonios de primera mano, y escritas en un estilo directo, que se pueden hallar en los periódicos y en los libros colombianos publicados antes de que acabara el siglo XIX.

Con el título de "El ajusticiado", Samuel Velilla, redactor del periódico El Movimiento, de Medellín, publicó este relato el 18 de octubre de 1893:

"Aún no se había borrado ayer el recuerdo del asesinato cometido en la persona de Juan de la Cruz Hernández, cuando a la puerta de la cárcel pública se agolpaban los curiosos, y, estirando el cuello por encima de las hileras de soldados, fijaban sus miradas en el ancho zaguán por donde debía salir para el patíbulo el asesino Eleuterio Ospina (...) Ya los soldados echaban al hombro sus armas; la corneta se dejaba oír con el toque de silencio que más que nunca era fúnebre e impotente, y la voz del pregonero, anunciando la muerte próxima de un hombre, anatematizaba a los que pretendieron favorecerlo o demandar gracia para él: Ospina salía (...) En medio de la calle se había formado el convoy que debía llevarlo hasta el patíbulo. Dos largas hileras de soldados custodiaban tres grandes coches para las autoridades encargadas de presidir la ejecución, y para el reo (...) Los concurrentes pudieron ver a Ospina que iba vestido de negro, con los brazos atados por un cordel que no le impedía los movimientos, y en medio de dos sacerdotes. Era un hombre hermoso: pequeño de cuerpo aunque bien formado, de facciones

regulares, bozo pequeño, arredondado el óvalo de la cara, donde la blancura mate del cutis hacía resaltar más sus grandes ojos negros (...) Se detuvo para despedirse de un amigo, pidiéndole que le encomendara a Dios. Después de una hora de marcha cuyo silencio pavoroso apenas interrumpían el ruido de las armas y la plegaria de los sacerdotes, llegó la comitiva a las calles de Belén, lugar escogido para la ejecución del reo. Eran las ocho de la mañana (...); la población estaba desierta; sus habitantes habían emigrado desde el día anterior, y sus casas otro tiempo tan alegres, mostraban las ventanas y puertas cerradas, como aguardando presenciar, en respetuoso silencio, el más horrible espectáculo (...) Un nuevo toque de silencio anunció el pregón y la salida de Ospina. Con paso firme, repitiendo las oraciones que los sacerdotes pronunciaban, fue en medio de ellos hasta el patíbulo. Y mientras el pregonero leía el anatema por última vez y algunos gendarmes preparaban los lazos con que debían amarrarlo al tosco banquillo, él, mostrando la serenidad de su espíritu, se ocupaba en alguna afectación, en limpiar, sacudiendo el polvo por medio de un pañuelo, la tabla donde debía sentarse (...) El insignia Rabelais, honor y gala de la literatura francesa, fue un imitador de Augusto. En su lecho de muerte, cuando sintió que su espíritu burlón y blasfemo iba a abandonar el cuerpo en donde había vivido,

volvió a sus amigos y les dijo: "Tirez le rideau, la farce est jouée!" (bajad el telón, ila comedia ha terminado!) y luego lanzó la última y estridente carcajada con que su alma (...) franqueó las puertas del infierno (...) Su voz no tembló y con la mano con que más tarde iba a vendarse los ojos, accionó con toda libertad, al parecer más preocupado con la ilación de su discurso que con su triste suerte. "Por mi ignorancia y por culpa de otros —dijo señalando al viejo Pablo Galeano, su cómplice— he cometido un delito que voy a pagar con la muerte a la edad de 24 años. Que mi muerte sirva de escarmiento a los padres de familia para que instiguen a sus hijos y los eduquen en la moral y en la religión. Sé donde nací, porque mis padres me lo dijeron; y sé dónde voy a morir porque esa es la voluntad de Dios." Tales fueron las últimas palabras del reo. Escoltas, ¡firme! ¡Tercien, arrr! (...) Ospina estaba tranquilo; con la mano derecha se cubrió los ojos; los sacerdotes se retiraron y de nuevo el silencio sepulcral fue

interrumpido únicamente por la respiración entrecortada de los espectadores... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! clamaban los sacerdotes. Y tras una voz de mando, la descarga de doce fusiles destrozó el pecho del reo. Dobló lentamente la cabeza sobre el pecho, dos rápidos paroxismos hicieron mover las manos, luego un estremecimiento en el hueso, luego nada: estaba muerto. Pasadas dos horas llevaban a la fosa común el cadáver del ajusticiado."¹¹

Igual que "El crimen de Aguacatal", "El ajusticiado" era un relato que no cabía en las definiciones que existían en 1893 para algunos de los relatos que publicaban los periódicos colombianos. Aunque por la estructura cronológica de la narración podría compararse con una crónica, la historia escrita por Samuel Velilla distaba mucho del estilo retórico y culto de la mayoría de los cronistas colombianos del siglo XIX. También distaba mucho de sus acostumbradas disgresiones.¹² Además, como cualquier reportaje del siglo XX,



11 Samuel Velilla, "El ajusticiado". EL MOVIMIENTO. Medellín, octubre 18 de 1893. Biblioteca de la Universidad de Antioquia. El relato de la ejecución está fechado el 12 de octubre del mismo año.

12 En el relato de Velilla sólo hay una disgresión de esa clase: la alusión a las palabras de Rabelais en su agonía.

había sido escrita bajo el impacto de los acontecimientos. A estos comentarios habría que agregar que el narrador era testigo presencial de la historia.

En la fecha en que Velilla escribió "El ajusticiamiento" —otra historia completa, coherente y sustentada en hechos reales—, hacía apenas dos años que en Bogotá había empezado a publicarse *El Correo Nacional*. Este periódico fue el primero en introducir entre nosotros la costumbre de los grandes diarios de los Estados Unidos de pagar el trabajo de los reporteros, con lo cual se había creado en nuestro país una nueva profesión que luego abrazaron muchos escritores. Velilla —un narrador admirable, aunque desconocido para los lectores de hoy— muy probablemente era uno de los primeros cronistas que se había convertido en *reporter*.

Cuándo se puede decir, entonces, que aparece el reportaje en su forma definitiva en los periódicos y las revistas de Colombia?

Por los documentos encontrados en diarios, revistas y libros, a lo largo de esta investigación, y por la larga lista de escritores y *reporters* que publicaban esta clase de historias, se puede afirmar sin lugar a dudas que el reportaje aparece en nuestro país en forma definitiva en las dos primeras décadas del siglo XX, cuando confluyen varios estilos narrativos —unos viejos, otros nuevos— y se modifican algunas técnicas de recolectar la información usadas por los periódicos desde finales del siglo XIX.

La confluencia se produjo cuando esos estilos narrativos —algunos del periodismo, otros de la literatura— se fundieron con los nuevos métodos de obtener las noticias, y dieron vida a una nueva forma de relatar los hechos, hasta entonces casi desconocida entre los periodistas colombianos. Esa forma, sin embargo, no recibía aún el nombre de "reportaje", aunque ya en las redacciones existía la palabra *reporter*, tomada de la tradición del periodismo anglosajón.

El nuevo género sólo vino a ser conocido con el nombre de "reportaje" después de varias décadas. Mientras tanto, en muchos casos, se usaba la misma palabra para designar a la entrevista —la *interview* de los periódicos norteamericanos—. La confusión se mantuvo hasta la década del cuarenta, cuando revistas como *Cromos* y *Estampa* empezaron a diferenciar claramente los relatos que publicaban, y advertían a los lectores, en la entradilla o en el antetítulo del texto, si éste era una crónica, una información o un reportaje.¹³ A veces la diferencia no era tan clara, como se ve en el caso de la revista *Cromos* cuando anunciaba las historias en serie escritas por algunos de sus reporteros como "primera crónica del reportaje" escrito por...

Entre los estilos narrativos usados en los periódicos del siglo XIX, el primero que influye en la aparición del reportaje en Colombia es el de la crónica, un género literario del que se apropiaron los periódicos desde el siglo XVIII, y que había preservado su estructura cronológica, su esencia narrativa y su preocupación por los "pequeños

temas". Entre las distintas clases de crónicas, se deben mencionar sobre todo los cuadros de costumbres, cuya influencia es decisiva en el reportaje por su empleo de los detalles del ambiente, de las formas de vestir y de los comportamientos de las personas. Las crónicas de Juan Rodríguez Freyle y José María Cordovez Moure, por ejemplo, son los antecedentes más remotos y más importantes de los reportajes escritos por los reporteros colombianos que introdujeron este género como nueva forma narrativa, en casos aislados, a fines del siglo XIX, y en forma definitiva en el siglo XX. También son importantes las crónicas de viajes antiguas y modernas. Estas últimas se diferencian muy poco del relato de un reportero de hoy, que viaja por su país buscando historias y personajes para escribir sus reportajes.

El segundo estilo que influye en la aparición del reportaje moderno es el de la entrevista, o *interview*, introducida en los periódicos anglosajones desde fines del siglo XIX, y basada en la transcripción del diálogo entre el periodista y el personaje entrevistado. En los periódicos y las revistas de Bogotá, su uso se popularizó desde la última década del siglo XIX y la primera del XX, sobre todo entre los *reporters*, que luego se llamaron simplemente "reporteros".

La *interview* significó en los periódicos y las revistas de Colombia no sólo el empleo de una nueva forma narrativa —el diálogo—, sino también el comienzo de una nueva técnica de recolectar la información, ya que quienes escribían esta clase de textos eran los *reporters*, es decir,

13 Tal vez pueda verse como una paradoja, pero a partir de 1985, luego de la desaparición casi absoluta del reportaje en las páginas de los diarios del país, la confusión de términos ha vuelto a presentarse y se ha extendido no sólo entre los lectores, sino entre los mismos periodistas.

los redactores que salían a las calles en busca de noticias, rompiendo la costumbre de los periodistas del siglo XIX de no abandonar jamás sus escritorios, ni las oficinas de la redacción.¹⁴

Como en la mayoría de los casos la información de los *reporters* era obtenida por medio de un diálogo con un personaje, algunos decidieron transcribir las preguntas y las respuestas en sus libretas de apuntes y en sus informaciones, siguiendo el ejemplo de Henry W. Grady, editor y reportero del *Atlanta Constitution*, quien fue el inventor del género en los periódicos de los Estados Unidos desde la década de 1870. En un comienzo, las preguntas y las respuestas se publicaban sin ninguna introducción. Otras veces, se incluía un párrafo explicativo. Las descripciones de ambiente y las semblanzas de los entrevistados no se popularizaron en nuestro país sino a partir de la década de 1920.

La figura del *reporter*, al igual que la *interview*, fueron introducidas en Colombia por Carlos Martínez Silva, fundador del periódico *El Correo Nacional*, en 1890. Martínez Silva fue uno de los primeros en romper con las costumbres y el estilo heredados de los periódicos partidistas del siglo XIX. Entre sus innovaciones, tal vez la más importante fue la de pagar el trabajo de los periodistas. A partir de ese momento, se

estableció una diferencia entre los redactores asalariados y los colaboradores. Los primeros eran los que tenían que entenderse con la edición de los cables y las noticias de última hora. Los segundos, eran cronistas o articulistas. Sin embargo, la palabra *reporter* se empleaba con frecuencia desde la década de 1880, cuando circuló en Bogotá un periódico llamado *El Repórter Ilustrado*, fundado por Antonio Narváez y Antonio Rodríguez.¹⁵

Como director de *El Correo Nacional*, Martínez Silva también se empeñó en desterrar el estilo ofensivo de los panfletos y los editoriales acostumbrados por muchos periódicos del siglo XIX, y luchó para que los artículos fueran cortos y estuvieran escritos sin galas ampulosas, "ya muy manoseadas, y que la civilización había mandado archivar".¹⁶

Algunas de las nuevas costumbres implantadas por el periódico de Martínez Silva fueron continuadas en *El Nuevo Tiempo*, de Bogotá, después de su aparición, en 1905. Este diario también incluyó en su nómina a los *reporters* y dio amplia acogida en sus páginas a las *interviews* de estilo norteamericano introducidas por *El Correo Nacional*. Ambas expresiones se volvieron tan populares que entre los periodistas de 1908, ya se usaba el verbo *interviewar*, en vez del verbo *entrevistar*: un auténtico

barbarismo, como diría en esa época cualquier académico de la lengua castellana.¹⁷

El tercer estilo narrativo que influye en la aparición del reportaje en Colombia es el de las relaciones de hechos. Estas eran relatos parecidos a la crónica en su estructura narrativa, pero desprovistos del estilo literario alambicado, las disgresiones personales y los comentarios, y se usaban en las secciones de sucesos judiciales de los periódicos.

Su origen histórico se remonta al período colonial: las relaciones eran redactadas por los funcionarios del gobierno español para dar cuenta al Rey de los hechos más importantes ocurridos en el Virreynato.

A veces, cuando ocurría un hecho importante, las relaciones de hechos también eran usadas por los corresponsales de los periódicos. Carlos Puyo Delgado, por ejemplo, empleó ese estilo para narrar las peripecias de un vuelo de entrenamiento en el cual acompañó al piloto colombiano Benjamín Méndez, en un campo de aviación de Estados Unidos: "No sería justo terminar esta relación sin decir algo respecto a nuestro tantas veces citado compatriota aviador Benjamín Méndez R. Es natural de Bogotá, hijo de don Custodio Méndez, apenas ha llegado a los 23 años..."¹⁸

Las primeras agencias internacionales de noticias usaban

14 Pareciera que la historia del reportaje está llena de paradojas: esta costumbre de no salir a las calles ha vuelto a apoderarse de las redacciones de los periódicos colombianos en las últimas décadas del siglo XX. Muchos de los reporteros permanecen en los escritorios, sin más contactos con las fuentes de sus noticias que el teléfono, el fax y el computador. Esa puede ser una de las causas más evidentes y menos estudiadas de la decadencia del reportaje en nuestro país.

15 Este dato, como algunos otros de carácter histórico mencionados en esta investigación, puede corroborarse en el libro *HISTORIA DEL PERIODISMO EN COLOMBIA*, de Gustavo Otero Muñoz. El recuento de Otero, sin embargo, termina en 1900. Ver: Gustavo Otero Muñoz, *HISTORIA DEL PERIODISMO EN COLOMBIA*. Biblioteca Aldeana de Colombia. Bogotá, 1936.

16 Estas son las palabras textuales usadas por Gustavo Otero Muñoz en su obra. Ver obra citada, página 98.

17 El uso extendido de esta palabra puede comprobarse en periódicos como *EL REPÓRTER ILUSTRADO* y *EL NUEVO TIEMPO*, de Bogotá, y *EL SOL*, de Medellín. Como se verá más adelante, un "reporter del diario *EL REPUBLICANO* la emplea en sus notas sobre los acontecimientos del 10 de febrero de 1907, cuando ocurrió el atentado contra el general Rafael Reyes, presidente de la república. La historia aparece recogida en el libro *EL 10 DE FEBRERO*, Imprenta Hispano Americana de F. J. Dassori. Nueva York, 1907.

18 Carlos Puyo Delgado, "Un aviador bogotano ha triunfado en Estados Unidos". *MUNDO AL DÍA*. No. 195. Septiembre 6 de 1924.

relatos parecidos a las relaciones en sus despachos enviados por correo aéreo o naval. No así en los despachos telegráficos, donde empleaban siempre la noticia ordenada en forma de "pirámide invertida".

Un cuarto estilo que también influyó en el nacimiento del reportaje fue el de las informaciones de sucesos judiciales y de policía. Como a principios del siglo XX las ciudades colombianas eran pequeñas, las noticias de los crímenes escaseaban y se conocían en muy poco tiempo. Los reporteros podían trasladarse con facilidad hasta el lugar de los hechos y recoger testimonios de primera mano entre los testigos y los agentes de policía. Por eso estas informaciones se narraban con muchos detalles, usando casi siempre una estructura cronológica, bastante emparentada con la crónica. Cuando los acontecimientos eran de alguna magnitud o tenían finales dramáticos, el relato se extendía. Lo mismo sucedía cuando la víctima de un crimen era un personaje de relevancia nacional. Leídos hoy, muchos de esos textos tienen muchos de los ingredientes del reportaje moderno. Otros se acercan más al estilo de la crónica. Tal vez por eso, los periodistas dedicados a cubrir esta clase de noticias eran conocidos con el nombre de "cronistas judiciales".

Un quinto estilo que influyó en el reportaje fue el de los cables que enviaban por telégrafo las agencias internacionales de noticias. Esta



clase de relatos empezaron a publicarse en el periódico El Telegrama, fundado en 1886 por Jerónimo Argáez. Para lograr esta proeza en la aislada y provinciana capital colombiana de esa época, Argáez conseguía los cables en el Ecuador y los traía al país usando los medios de transporte de entonces: barcos, trenes y mulas. "Sus noticias, a lo menos llevaban una ventaja de meses a las postales que hasta entonces se habían usado en el periodismo nacional," dice el periodista Jim Hardy en una crónica sobre el periodismo moderno en Colombia, publicada en 1937.¹⁹

Según recuerda Baldomero Sanín Cano en un bello perfil sobre Jerónimo Argáez publicado en Cromos, El Telegrama fue tal vez el primer periódico moderno de gran formato, publicado cotidianamente en Bogotá, con pretensiones modernas, porque antes de su aparición solían llevar el título de diario publicaciones más o menos regulares de dos o tres números por semana.²⁰

Sanín Cano sostiene que el periódico de Jerónimo Argáez fue el que inició a las gentes en Colombia en la tarea cotidiana de leer un periódico a la moderna. Y para hacerlo, Argáez "tuvo que desafiar la indiferencia pública durante muchos años o el chiste acerado, o la agresión verbal sin atenuaciones, porque en su diario no se trataban las cosas políticas con la ardiente verbosidad al uso en aquellos años de renovación y estridentes luchas ideológicas."²¹

Los cables telegráficos publicados en El Telegrama, que informaban por igual lo que pasaba en Estados Unidos o en Egipto, empezaron a socavar el estilo panfletario de los grandes periódicos doctrinarios del siglo XIX. Estos publicaban las noticias de los acontecimientos europeos y americanos en forma de secciones que generalmente eran llamadas "Cartas del Extranjero". Las cartas llegaban por la misma vía que en la época colonial llegaba de España el llamado "cajón", con la correspondencia dirigida a los

Páginas 19 y 21.

19 Jim Hardy, obra citada.

20 Baldomero Sanín Cano, "Un periodista nato, Jerónimo Argáez". CROMOS. No. 572. Agosto 27 de 1927.

21 Baldomero Sanín Cano, ídem.

virreyes, las audiencias y los conventos. Los redactores de nuestros periódicos, hasta 1886, copiaban las pocas noticias que aparecían en la prensa, de las cartas y los periódicos traídos por los barcos, desde Europa y Norteamérica, en esos “cajones”.

Argáez también fue el periodista que tuvo la feliz idea de convencer al cronista José María Cordovez Moure de que escribiera sus “Reminiscencias de Santafé de Bogotá”, que fueron publicadas como folletín en las páginas de El Telegrama.

Otro factor que influyó en la aparición del reportaje fue la publicación de las primeras revistas y periódicos ilustrados. Desde 1881, con la aparición del Papel Periódico Ilustrado, fundado por Alberto Urdaneta, las publicaciones de esta clase se convirtieron en el principal agente de modernización de la prensa nacional. Ellas conquistaron nuevos lectores y empezaron a minar con su estilo la influencia de los grises y aburridos periódicos políticos y doctrinarios del siglo XIX.

Las innovaciones del Papel Periódico Ilustrado, de El Telegrama y de otros periódicos de fines del siglo —como El Repórter, La Crónica, Los Hechos y El Correo Nacional— difundieron entre lectores y periodistas de la época un nuevo espíritu que prefería la noticia al artículo, y la información al comentario o a la sátira. Otras, como El Sport, de 1899, introdujeron la crónica taurina, la crónica deportiva y la crónica hípica. Los aires del nuevo siglo, a pesar de la hecatombe de la Guerra de los Mil Días, podían presentirse ya en crónicas de estilo

moderno como la que escribió Casimiro de la Barra —pseudónimo del escritor y periodista Clímaco Soto Borda— sobre el nuevo hipódromo de Bogotá, y que se publicó en El Sport con el título de “¡A la Magdalena!”²²

Dos últimos factores, que no están relacionados en forma directa con el periodismo, tuvieron que ver con la aparición del reportaje en Colombia. Uno de ellos es la novela realista del siglo XIX. El otro, la llegada al país de las primeras películas.

La novela realista influyó en muchos escritores que dedicaron su vida a escribir literatura, pero también formó a muchos reporteros como Porfirio Barba Jacob, Eduardo Castillo, José Antonio Osorio Lizarazo, José Joaquín Jiménez, Gabriel García Márquez, Germán Castro Caycedo...

El lenguaje de los primeros reportajes que escribieron Osorio Lizarazo y Jiménez, por ejemplo, sería inexplicable sin las novelas de Fedor Dostoyevski. En el caso de Jiménez, algunas de sus historias llevaban títulos que evocaban sus lecturas de clásicos del siglo XIX: “Las pobres gentes”, “Vidas extraordinarias”, “Relato del hombre que asesinó”...

Castro Caycedo, por ejemplo, dice que su verdadera formación como escritor fue la lectura de los clásicos, en especial los novelistas franceses de la escuela naturalista. “También leí a Dostoyevski, que tiene que tener una gran influencia en el periodismo en Colombia. En el mío, lo tiene, y me imagino que un poco en el de Germán Pinzón, y en el de todos los periodistas de los que yo tomé pautas. Yo creo que ahí hay un buen punto de

referencia a la hora de explicar cómo se escribían todos esos reportajes” agrega Castro.²³ Entre sus obras preferidas, el periodista cita, entre otras, a “Crimen y castigo” y “Los hermanos Karamazov”, de Dostoyevski; “Ana Karenina”, de Tolstoi; “Madame Bovary”, de Flaubert; “Juan Cristóbal”, de Romain Roland. También asegura que lo impresionó mucho “A sangre fría”, de Truman Capote.

Gabriel García Márquez y Alvaro Cepeda Samudio, en cambio, dicen que se formaron como escritores leyendo sobre todo las novelas y los cuentos de los escritores norteamericanos de este siglo, en especial Ernest Hemingway y William Faulkner.

El cine, por su parte, creó una nueva forma de narrar, muy emparentada con la dramaturgia, que se difundió no sólo en Colombia sino en todo el mundo. El montaje cinematográfico significó una ruptura total con las secuencias cronológicas existentes en la crónica y dinamizó la forma de contar las historias. Además, introdujo la escena como la forma narrativa fundamental. Esto significó la eliminación de los comentarios del narrador, esenciales en las crónicas. Pero, sobre todo, puso al descubierto la acción congeladora de los comentarios y las digresiones. De este modo, se abrió una nueva perspectiva para muchas novelas del siglo XX, lo mismo que para muchos reportajes. Ahora lo importante no eran las “cabriolas” del estilo, ni la retórica, sino la antigua “poesía” de la acción, de la cual hablaba Aristóteles en su “Poética”, hace muchos siglos.²⁴

22 Casimiro de la Barra (Clímaco Soto Borda), “¡A la Magdalena!” EL SPORT. No. 2. Julio de 1899.

23 Juan José Hoyos, GERMÁN CASTRO CAYCEDO. TRES DÉCADAS DE PERIODISMO AL PIE DEL CAÑÓN. Proyecto de Especialización en Periodismo. Universidad de Antioquia. Medellín, 1993.

A fines del siglo XIX estaba, pues, abonado el terreno para que, con el nuevo siglo, aparecieran nuevos periódicos y nuevas formas de narrar las noticias. Sin embargo, la última guerra civil del siglo —la llamada Guerra de los Mil Días— retardó esas transformaciones, ya que la censura implantada por el gobierno conservador en tiempos de la guerra sólo permitía la publicación de uno o dos periódicos conservadores en Bogotá.

Tal vez la censura fue la culpable de que el reportaje no apareciera entonces en los periódicos colombianos para registrar la tragedia de la guerra, como sucedió en los Estados Unidos. De este modo se perdieron para la historia documentos humanos que hoy tendrían un valor extraordinario.²⁵

Jim Hardy recoge uno de esos documentos, escrito en suelo colombiano por un *reporter* del *New York Herald*, enviado desde los Estados Unidos a cubrir la guerra, y publicado en ese diario el 30 de septiembre de 1902:

“Honda.— (Cablegrama especial para el *New York Herald*).—El doctor Manuel Antonio Sanclemente, venerable Presidente de Colombia, ha sido mandado llevar por la fuerza, por orden de los directores o caudillos políticos que pocos días antes le habían arrebatado traidoramente el poder. Encerrado en una caja miserable y burlesca, imitación de una silla de manos, debía ser transportado por malísimos caminos y al través de ásperas montañas, de su casa de Villeta, departamento de Cundinamarca, a

su hacienda de Pichichí, en el departamento del Cauca. Debía ser conducido por el corazón mismo de dos grandes cadenas de los Andes. Se guardó en esto el más grande sigilo haciendo todo esfuerzo para que estos hechos no llegaran a conocimiento del público, por temor de que los amigos del Presidente depuesto intentasen liberarlo o arrancarlo de sus manos. Ningún periódico de la República en el día se atrevería a manifestar el hecho de que el doctor Sanclemente había sido sacado de Villeta y muchos menos que iba en calidad de prisionero.”²⁶

El relato de este viaje ignominioso con el anciano Presidente a cuestas, termina de este modo:

“Dos de los mozos de cordel o cargueros iban delante del guando con velas de sebo cuyas débiles llamas defendían con la cuenca de la mano para que no las apagase la lluvia. Era esta toda la luz de que disponían los cargueros de atrás para dirigir sus pasos. Con la pesada carga que llevaban sobre sus hombros les era imposible guardar el equilibrio, y a cada paso algunos de ellos casi iban a tierra, cayendo y resbalando en medio de los pedrones y el barro, saltando de una piedra a otra y en continuo bamboleo, hasta que llegaba el momento de cambiar. Ocho hombres sólo podían llevarlo doscientas yardas. Yo podía oír el ruido que producía el cuerpo del doctor Sanclemente, rodando de un lado a otro dentro de la caja, y mi temor era que se hubiese desmayado o muerto”.

Preferían los periodistas de entonces escribir artículos candentes de política a narrar lo que tenían ante sus propios ojos? se pregunta Jim Hardy.

La respuesta puede parecer contradictoria. Sí, en el caso de que se hable de los “redactores” de escritorio y los cronistas políticos de los periódicos de Santafé de Bogotá. No, en el caso de los *reporters*, los corresponsales de las provincias que cubrían las noticias de policía y los “hechos de sangre” y los cronistas como José María Cordovez Moure. Este último publicó en el periódico *El Telegrama*, en forma de folletín, sus célebres “Reminiscencias de Santafé de Bogotá”.

En uno de esos relatos, en 1875, en momentos en que recorría el país el célebre fabricante de globos de origen mexicano Antonio Guerrero, Cordovez Moure narró así para el periódico de don Jerónimo Argáez el ascenso en globo del maromero argentino José Antonio Flórez:

“Siguiendo la costumbre de los pirotécnicos que dejan el trueno grande para lo último, daremos cuenta de la atrevida y temeraria ascensión aerostática llevada a cabo por el argentino José Antonio Flórez en el año de 1845.”

“Reunidos los mil pesos exigidos por el aeronauta, preparó su obra en el edificio del Colegio de Nuestra Señora del Rosario; dio entrada en los corredores altos a los contribuyentes, y en el patio y corredores bajos, a los que pagaban un real.”

“El globo era hecho de fajas blancas y rojas de “bogotana”;²⁷ la

24 Para una ampliación de estas ideas, se puede consultar el libro de Aristóteles, POÉTICA. Pensamiento Filosófico. Monte Avila Editores. Caracas, 1991.

25 Fueron periodistas y escritores como Max Grillo, con sus EMOCIONES DE LA GUERRA, Lucas Caballero, con LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS, y José Antonio Osorio Lizarazo, con su serie sobre LOS GUERRILLEROS LIBERALES, publicada en la revista SÁBADO, los que años después reconstruyeron muchas de esas historias perdidas.

26 Citado por Jim Hardy, *ibídem*.

boca formaba un aro de hierro de dieciséis metros de circunferencia y se inflamaba por medio de humo caliente, producido por la combustión de leña y tamo. Para mantener el calor e impulsar la subida se le ponía, suspendida del aro, con cadenas, una canastilla de planchas de hierro, llena de trementina, brea y sebo con mechas. Del aro pendía también la estrecha barquilla de cañas, suspendida con cuerdas y adornada de dos banderas tricolores enastadas. El globo inflamado se alcanzaba a ver desde la calle, y apenas eran suficientes veinte hombres para sujetarlo."

"Terminados los preparativos, se presentó Flórez con un pañuelo blanco en la mano, vestido con sombrero de pelo gris, levita color azul turquí, abrochada, pantalones color de perla, y borceguíes de charol. Se introdujo en la barquilla, se asió con la mano izquierda a una de las cuerdas y con voz firme dijo: "¡Suelten!"

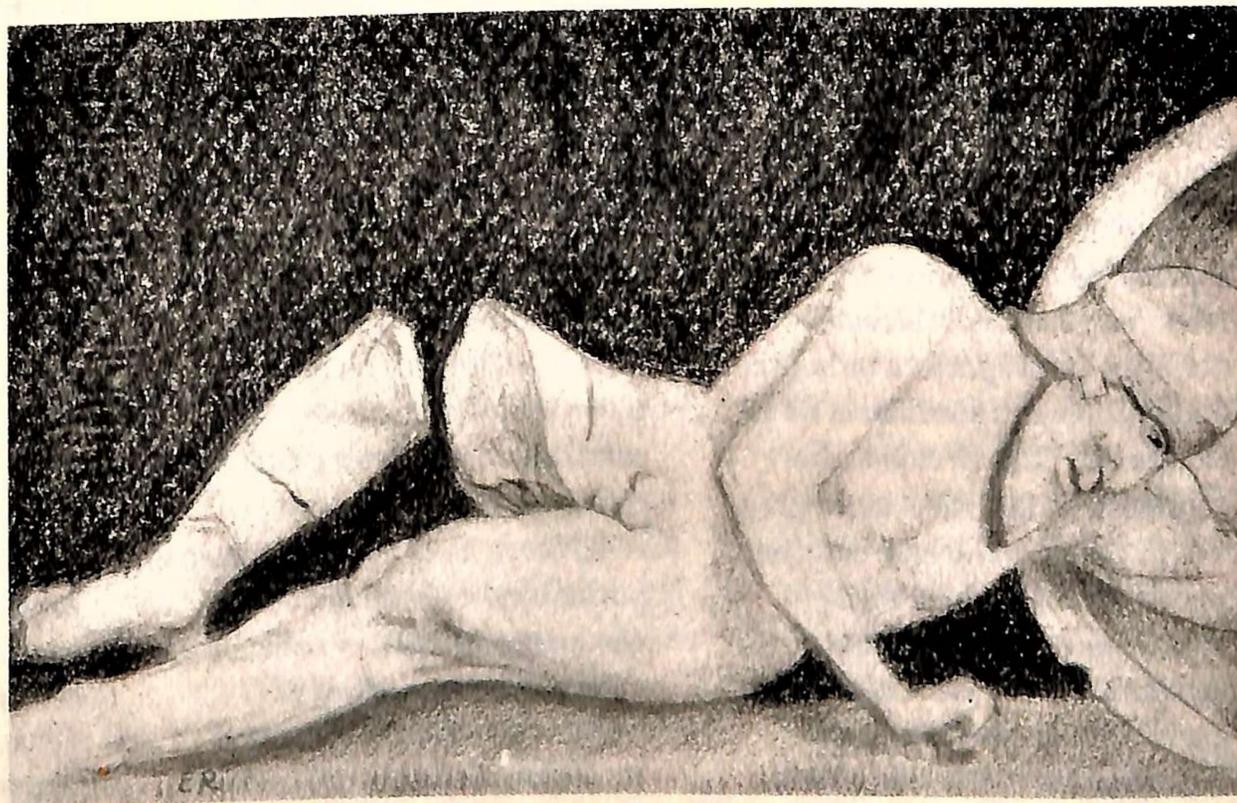
"El monstruo partió como un cohete derribando de paso el alar del tejado, en el ángulo noroeste del edificio, y descalabrando a aquellos cuya mala estrella había colocado al pie del siniestro. La muchedumbre que ocupaba la parte baja del edificio se precipitó sobre la puerta para salir a la calle; pero como sólo estaba abierto el postigo, se formó allí una aglomeración de personas de ambos sexos, que se estrujaron sin misericordia, a fin de conseguir, a

lo menos, salir de ese dédalo en que se habían metido; hubo gente que se quedó en cueros, y los más perdieron los sombreros, la capa, la mantilla o alguna otra prenda del vestido."

"Los orejones de la sabana, que habían venido a ver la ascensión, recorrían las calles a escape, atropellando a todo el mundo para seguir la ruta caprichosa que tomaba el globo; los de apie corrían en distintas direcciones, y hasta los balcones y tejados de las casas estaban atestados de curiosos. Si en ese momento hubiera llegado a la ciudad algún "viajero científico" habría escrito en sus apuntes: "Santafé es un

—narraciones en estilo directo, sin disgresiones, sin comentarios personales y basadas en la averiguación minuciosa de los hechos— tienen la estructura y el estilo que años más tarde sirvieron de soporte al reportaje moderno.

Entre 1901 y 1910, sucedieron algunos hechos que contribuyeron a la modernización del periodismo colombiano, en medio de la pobreza y el dolor que dejó la Guerra de los Mil Días, y el sentimiento nacional de derrota e impotencia frente al desmembramiento y la pérdida del territorio del istmo de Panamá, en 1903, a causa de la descarada



manicomio de América".²⁸

Si bien es cierto que casi todas las piezas de Cordovez Moure publicadas en *El Telegrama* y reunidas después en libro son crónicas ejemplares del siglo XIX, pasajes como el del globo de Flórez y perfiles como el del guerrillero Román Carranza

intervención de los Estados Unidos en un conflicto interno de Colombia.

A la derrota liberal en la guerra civil y al afianzamiento en el poder de los conservadores, siguieron varias medidas de censura contra la prensa, que forzaron el cierre de casi todos los periódicos liberales.

27 Tela tosca de algodón. Nota de Elisa Mújica en la edición de la Biblioteca Básica Colombiana publicada en 1978.

28 José María Cordovez Moure, *REMINISCENCIAS DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ*. Edición preparada por Elisa Mujica. Biblioteca Básica Colombiana. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá, 1978. Páginas 67 y 68.

A comienzos del siglo llegó a Bogotá, procedente de París, el joven escritor y político Enrique Olaya Herrera. A pesar del clima de adversidad que existía en la capital, donde sólo circulaban periódicos adictos al régimen, él se empeñó en fundar un periódico liberal. En esta idea lo acompañó el periodista José Manuel Pérez Sarmiento. Así nació El Comercio, primer gran diario moderno del siglo XX.

Desde sus primeras ediciones, los periodistas de El Comercio se esforzaron por hacer un periódico distinto a las gacetas políticas del siglo XIX y durante los tres primeros años de existencia se mantuvieron fieles al nuevo estilo de presentar las noticias, inaugurado por Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst en Nueva York pocos años antes.

Por eso en 1903, cuando se enteraron de la noticia de la separación de Panamá, Olaya Herrera y sus reporteros no dudaron en preparar a toda prisa una edición extraordinaria de El Comercio. Esta circuló al día siguiente en las calles de Bogotá, con grandes titulares y noticias breves, rompiendo el estilo acartonado y editorializante acostumbrado hasta entonces en casi todos los periódicos que habían sobrevivido a la guerra.

El gobierno conservador, que no quería que se propagara la noticia, ordenó la detención de los directores del periódico y les impuso una multa. Esta fue pagada con la ayuda de cientos de jefes y militantes liberales, y con el apoyo de grandes escritores demócratas de Colombia y otros países, que enviaron en forma gratuita colaboraciones y artículos.

En 1902, el gobierno conservador también autorizó a los periodistas

Carlos Arturo Torres y José Camacho Carrizosa para que publicaran un diario. Este empezó a circular en mayo de ese mismo año, con el nombre de El Nuevo Tiempo, y bajo la dirección de Joaquín Pontón.

El diario revivió el estilo moderno que había tratado de impulsar Jerónimo Argáez desde las páginas de El Telegrama, a partir de 1886, y siguiendo su tradición, decidieron contratar *reporters* asalariados y suscribirse en forma permanente a los servicios telegráficos de una agencia internacional de noticias.

Unos años más tarde, El Nuevo Tiempo fue adquirido por el periodista y escritor Ismael Enrique Arciniegas, quien lo convirtió muy pronto en el periódico más influyente del país. La vida del diario se prolongó, por encima de las vicisitudes políticas y de la censura, hasta los años treinta, gracias a que Arciniegas logró hacer de él "un periódico indispensable para el lector colombiano", con los mejores servicios de noticias y las mejores colaboraciones.

El Nuevo Tiempo introdujo en el periodismo colombiano de comienzos del siglo el estilo de las crónicas ligeras, ágiles y bellamente escritas, de los periódicos franceses. Uno de sus mejores cultivadores en Colombia fue el periodista Carlos Villafañe, quien firmaba sus colaboraciones con el pseudónimo de "Tic Tac". También introdujo las *interviews* y las primeras corresponsalías de guerra, enviadas desde el frente por los corresponsales del periódico, casi todos de origen español, durante la guerra europea de 1914.

Al mismo tiempo que Arciniegas cambiaba la forma de hacer

periodismo en los diarios, volvían a circular en las calles de la capital y en las provincias nuevas revistas ilustradas, que trataban de imitar las revistas francesas y norteamericanas dirigidas al gran público. Ellas también trataban de revivir la tradición y el estilo que había implantado en Colombia Alberto Urdaneta, con su escuela de grabadores, desde las páginas del Papel Periódico Ilustrado, en 1881.

Una de esas revistas fue Bogotá Ilustrado, que era dirigida por los periodistas Rafael y Eduardo Espinoza Guzmán. Esta publicación inauguró en las revistas la crónica noticiosa de carácter local. Sus redactores cubrían los consejos de ministros —a veces, incluso, se publicaba la fotografía— e informaban en detalle a los lectores sobre todos los incidentes de esas reuniones. También escribían crónicas sobre las sesiones del parlamento y algunas fiestas sociales de alto vuelo.

En las páginas de Bogotá Ilustrado aparecieron además varias crónicas en las que se relataban algunas historias en un estilo moderno, sin los alambicados usos retóricos de las viejas crónicas del siglo XIX. Una de ellas, "Recuerdos del Caquetá", firmada por Federico Martínez Rivas,²⁹ cuenta las aventuras de Florentino Calderón y un grupo de empresarios colombianos que se internaron en el Caquetá a comienzos del siglo para tratar de fundar una compañía dedicada a la producción y el comercio de quina, con el nombre de "Reyes Hermanos". Para escribir su narración, que tiene una estructura cronológica, el periodista tomó como punto de partida una *interview* con

Calderón, un empleado de la empresa "Reyes Hermanos".

Otro relato en forma de crónica, firmado por Ernesto Saravia y titulado "Indios salvajes",³⁰ cuenta los pormenores de la captura de cuatro indios en Puerto Reyes, en las selvas del sur del país.

Bogotá Ilustrado dio amplio despliegue a los desfiles militares que organizaba el presidente de la república, general Rafael Reyes, por las calles de la capital. A pesar de la simpatía de los directores de la revista por el gobierno del general Reyes, estas informaciones eran redactadas en un estilo informativo, muy cercano al de los cables de las agencias noticiosas, y diferente por completo a los panfletos o a las crónicas políticas de los periódicos partidistas del siglo XIX.

En el cubrimiento de algunos acontecimientos como la Exposición Agrícola de 1907 y los entrenamientos militares organizados por el general Reyes en las afueras de Bogotá, la revista publicó crónicas de estilo informativo y relatos noticiosos muy próximos al estilo del reportaje, tales como "Días gloriosos" y "Maniobras militares".³¹ En ellos se incluían pequeñas historias, como la de una paloma mensajera exhibida en la exposición agrícola, acostumbrada a viajar llevando mensajes urgentes entre Bogotá y otras ciudades del país situadas a centenares de kilómetros.

Cuando desapareció Bogotá Ilustrado, sus directores iniciaron la publicación de una nueva revista llamada La Ilustración, que tenía

un formato y un estilo muy similares. En esta última, aparecieron algunas interviews de largo aliento, firmadas por periodistas norteamericanos. Una de ellas fue la entrevista al presidente de México, Porfirio Díaz, escrita por James Creelman y publicada originalmente por el Pearson's Magazine, de Nueva York.³² Relatos como éste difundieron entre los periodistas colombianos un nuevo estilo, también muy próximo al del reportaje, al incluir —además del diálogo— detalles del ambiente en que se desarrollaba la conversación, y al presentar un pequeño retrato humano del personaje entrevistado.

La Ilustración también publicó algunas relaciones de viaje, con un estilo muy parecido al del reportaje, como la escrita por Eduardo Posada cuando acompañó a Monseñor Francesco Ragonesi, representante de Su Santidad Pío IX en Colombia, en un largo y accidentado viaje por tierras del departamento de Santander. Esta fue publicada con el título de "Peregrinación de Omega", una parodia de la popular crónica de Manuel Ancízar, "Peregrinación de Alpha".³³ Posada era entonces subsecretario de relaciones exteriores del gobierno del general Reyes.

Según cuentan varios cronistas,³⁴ Reyes, al igual que "su maestro", el dictador mexicano don Porfirio Díaz, se preocupaba mucho por mantener informado al pueblo sobre las labores de su paternal dictadura, y para ello no vacilaba en usar las revistas de sus amigos y los periódicos semioficiales que

se publicaban en Bogotá. Uno de ellos era El Correo Nacional. El otro, El Nuevo Tiempo, cuya dirección ya estaba en manos de Ismael Enrique Arciniegas.

El estilo narrativo del reportaje no apareció de modo espontáneo en la prensa colombiana. Su advenimiento y su difusión entre los reporteros que redactaban los periódicos fue gradual.

Hasta que fue elegido presidente el general Rafael Reyes, en 1904, la prosa partidista de los periódicos liberales y conservadores se diferenciaba muy poco del antiguo estilo panfletario del siglo XIX y era el material que aún predominaba no sólo en las páginas de opinión, sino también en las secciones informativas.

Reyes, aunque llegó al poder como candidato del partido conservador, trató de imponer un estilo de gobierno que redujera las tensiones entre los liberales derrotados y los conservadores victoriosos de la última guerra, y que permitiera salir al país de la miseria, los odios y el sentimiento colectivo de derrota que habían dejado la larga contienda civil de fines del siglo y la pérdida de Panamá. Sin embargo, su condición de aristócrata y militar y algunos actos de su gobierno, de corte autoritario, lo llevaron a un rápido enfrentamiento con el Congreso de la República, dominado por sus copartidarios. Además, la apertura que inició con el partido liberal, a cuyos representantes permitió participar en el parlamento por primera vez

30 Ernesto Saravia, "Indios salvajes". BOGOTÁ ILUSTRADO. No. 6. Abril de 1907. Páginas 118 y 119.

31 Rafael Espinosa Guzmán, "Maniobras militares", "Días gloriosos". BOGOTÁ ILUSTRADO. No. 10. Septiembre de 1907. Páginas 210 a 213.

32 James Creelman, "Porfirio Díaz". Traducción de Jorge Reinales. LA ILUSTRACIÓN. No. 1. Junio de 1908. Páginas 5 a 14.

33 Eduardo Posada, "Peregrinación de Omega". LA ILUSTRACIÓN. No. 1. Páginas 52 y 53.

34 Por ejemplo, Jim Hardy. Ver "Rápido vistazo sobre el periodismo moderno en Colombia". CROMOS. Número y fecha ya citados.

en muchos años, motivó la desaprobación y el odio de muchos dirigentes del sector más recalcitrante del conservatismo.

Los escasos periódicos de la época mostraban en sus páginas estas divergencias. Sus textos tenían algo del estilo informativo que empezaban a difundir las primeras agencias de noticias internacionales pero casi siempre, en medio de las frases enunciativas propias de este nuevo estilo, aparecían párrafos enteros de corte argumentativo donde se presentaban las opiniones del redactor de la nota.

Como se dijo antes, en 1906 ya era común en las redacciones la palabra *repórter*, tomada en forma directa del inglés, para hablar del redactor que abandonaba las oficinas de la redacción con una libreta de apuntes, en busca de noticias. También se usaba la palabra inglesa *interview*. Esta se aplicaba al relato que se limitaba a registrar un diálogo con un personaje, en forma de preguntas y respuestas. Por extensión, los reporteros que sometían a un personaje a un cuestionario llamaban a esa actividad *interviewar*.³⁵

Sin embargo, el concepto moderno de actualidad aún no se había desarrollado. Las primeras páginas de los periódicos aparecían llenas de avisos hasta el tope y en las interiores se mezclaban, a veces sin ningún criterio noticioso, artículos de opinión, cartas remitidas por corresponsales o colaboradores, crónicas judiciales y cables de

uno o dos párrafos enviados a través del servicio telegráfico por las agencias internacionales. Estos llegaban por intermedio de oficinas de correos de Ecuador o Panamá.

Con excepción de la edición extraordinaria de *El Comercio*, el periódico de Olaya Herrera que informó de la separación de Panamá en 1903, en los diarios rara vez se daba cabida a un titular noticioso y no existía aún el concepto de "primera página" dedicada a las noticias, inventado por Joseph Pulitzer en su periódico *The World*, de Nueva York, a comienzos del siglo.

El estilo narrativo directo, más cercano al lenguaje vivo de la conversación de todos los días, más cercano al habla popular, sólo era admitido en las secciones dedicadas a la crónica judicial y a los cables telegráficos de las agencias. Estos despachos eran casi siempre de un párrafo. Cuando la noticia era considerada de mucha trascendencia, el cable traía uno o dos párrafos más. Tanta parquedad se debía a la precariedad técnica del telégrafo,

medio por el cual sólo podían transmitirse a costos muy altos mensajes cortos, en código Morse, que a su vez tenían que ser descifrados por los telegrafistas.

Con el paso del tiempo, poco a poco, la difusión de este estilo provocó el nacimiento del estilo informativo en la prensa escrita colombiana: una forma de narrar caracterizada por las frases cortas y directas, de carácter enunciativo, en las que se suprimían todas las opiniones y comentarios por parte del narrador. El tejido del relato eran oraciones escritas en voz activa, siguiendo el orden característico de las oraciones simples del idioma inglés: primero el sujeto, luego el verbo y después los complementos.

Sin embargo, hasta la década de 1920, fueron muy contadas las excepciones en las que ese nuevo estilo narrativo directo se abrió paso en los periódicos por fuera de las secciones de cables. Los únicos relatos que tenían un estilo similar eran los que reseñaban los crímenes, los robos, los escasos accidentes de tránsito, las



35 En el testimonio de un repórter incluido en el libro sobre el atentado del 10 de febrero se usa de manera textual y en forma castellanizada, aunque en itálicas, el verbo *interviewar*.

inundaciones y los incendios. Pero a veces, en el cubrimiento de esta clase de hechos, los cronistas judiciales adornaban el relato con detalles secundarios tales como descripciones de los personajes que intervenían en el asunto, descripciones del ambiente y del lugar y hasta comentarios jocosos. Todos éstos, eran procedimientos narrativos heredados de la crónica literaria y de los cuadros de costumbres del siglo XIX.

Una de las pocas ocasiones en las que un hecho noticioso fue presentado con estilo narrativo nuevo fue el 10 de febrero de 1906. Ese día, al final de la mañana, en las afueras de Bogotá, junto a la antigua hacienda de La Magdalena, el presidente Rafael Reyes fue atacado a balazos por tres hombres que iban a caballo y que le cortaron el paso al coche en que andaba de paseo, acompañado por su hija, Sofía Reyes de Valenzuela. Los atacantes hicieron nueve disparos de revólver contra el vehículo —una berlina con capota, tirada por dos caballos—, en el momento en que hacía un giro para regresar al palacio. El capitán Faustino Pomar, oficial que escoltaba al presidente, alcanzó a responder el fuego e hirió a uno de los agresores. El conductor del coche, por su parte, lanzó los caballos contra ellos. Sólo en el momento en que los hombres dejaron de disparar, el general Reyes se dio cuenta de que había salido ileso, al igual que su hija, en forma milagrosa. El chal que ésta llevaba al cuello y su sombrero habían sido atravesados por varias balas.

Después del tiroteo, los asaltantes huyeron hacia el norte creyendo que habían matado al presidente. El general Reyes regresó al centro de Bogotá, se detuvo en una iglesia para dar gracias a Dios por lo que él consideraba “un milagro del Altísimo”, y luego se dirigió al Palacio presidencial.

La noticia del asalto corrió de boca en boca y en pocas horas una multitud colmó los alrededores del Palacio. El general Reyes convocó al jefe de la policía y dio órdenes perentorias a los jefes de las distintas divisiones para que los responsables fueran perseguidos.

La importancia del acontecimiento y su proximidad hicieron que los periódicos del día siguiente, en Bogotá, pudieran informar acerca de él con muchos detalles obtenidos de primera mano por sus redactores.

Un año después, para conmemorar el aniversario, el general Reyes ordenó la publicación de un libro donde se relatan con todos sus pormenores los hechos ocurridos ese 10 de febrero.

El libro hace un recuento minucioso del itinerario seguido por el general Reyes y su hija ese día. Para esto se apoya en las actas de los interrogatorios realizados durante la investigación del atentado, en los testimonios de los testigos, en los apuntes tomados ese día por algunos reporteros de los diarios de Bogotá y en las notas del diario que el propio presidente Reyes escribía de su puño y letra registrando hora a hora todas sus actividades públicas y privadas.

El libro se inicia con un relato escrito muy posiblemente por el periodista Alberto Calderón, un *reporter* de la época cuya familia tenía una amistad estrecha con el general Reyes.³⁶ El narrador, después de algunas consideraciones políticas, morales e ideológicas sobre el atentado y sus autores, cuenta con detalles la forma en que el presidente y su hija abandonaron ese día el palacio presidencial para dirigirse hacia Chapinero, en un carruaje tirado por caballos; luego describe su paso por la esquina norte del Parque de San Diego, donde los asesinos tomaban licor en una venta llamada “Bodega de San Diego”, los sitios por donde pasaron el presidente y su hija, las personas que vieron por el camino, y por último, los pormenores del asalto en Barrocolorado.

El relato abunda en detalles: “Es Barrocolorado un lugar triste en el camino que va de Bogotá a Chapinero. La escasa vegetación de los cerros la constituyen unas plantas de un verde-gris melancólico; en las orillas del camino hay hondas excavaciones llenas de agua amarilla, hechas para sacar de allí el barro para las tejas y ladrillos que se fabrican en los chircales vecinos, cuyos tejados y chimineas, ennegrecidos por el humo, son lo único que corta la monotonía del paisaje desapacible de las faldas del cerro vecino”.³⁷

En el capítulo siguiente, se transcribe en forma textual el diario personal del presidente Reyes, algunos de cuyos apartes tienen el estilo característico de los testimonios usados por los

36 Es muy probable que Calderón fuera hijo de don Florentino Calderón, empleado de la firma “Reyes Hermanos”, empresa dedicada a la producción y el comercio de quina en el Caquetá. Don Florentino fue el personaje entrevistado por un redactor de la revista *BOGOTÁ ILUSTRADO* que escribió el relato “Recuerdos del Caquetá”, citado anteriormente.

37 Estos apartes pertenecen a la introducción del libro. Ver: Autor anónimo. *EL 10 DE FEBRERO*. Imprenta Hispano Americana de F. J. Dassori. 108 Park Row, New York. 1907. Un ejemplar de este libro se encuentra en el archivo de la Sala de Investigaciones de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia.

reporteros para elaborar sus relatos:

“Febrero 10 de 1906

4 á 5 a.m.— Lectura de los telegramas llegados durante la noche, del movimiento de la Tesorería General en el día anterior, y de otros documentos recibidos por la Secretaría General de la Presidencia.

5 á 9 a.m.— Llamada del taquígrafo Torres Rodríguez. Se escribieron en taquigrafía las contestaciones de cincuenta telegramas, las instrucciones del día para el Secretario General de la Presidencia sobre varios documentos, y memorándum para los Ministros de Guerra, Relaciones Exteriores, Gobierno e Instrucción Pública. Se redactó la fórmula para la jura de la Bandera de la Policía y el Ejército, y una carta para mi hija Amalia en el día de su matrimonio. Desayuno durante el trabajo.

11 á 12 m.— En marcha hacia Palacio a buscar allí a mis hijas para el paseo diario a Chapinero á esta hora; no pudo acompañarme sino mi hija Sofía; al subir al coche, que es landó y que estaba cerrado, le propuse abrirlo del todo y no aceptó sino que se abriera sólo la parte de adelante por temor de que pudiera resfriarme; le agradecí esta delicadeza, porque ella se marea en coche cerrado (...)

(...) Al llegar al punto de Barrocolorado, frente a la quinta de la Magdalena, ordené al cochero que regresara porque ya eran las 11:30 a.m. y así lo hizo; y cuando había volteado el coche vi que uno de los jinetes que estaban en el Parque de San Diego y que habían seguido sigilosamente detrás del carruaje, se adelantó a

detener los caballos al mismo tiempo que sus dos compañeros, uno por el lado izquierdo, y el otro por detrás, disparaban sus revólveres sobre mí. Ordené al cochero, Bernardino Vargas, hombre de serenidad, que fustigara los caballos y atropellara al asesino, y al mismo tiempo ordené al capitán Faustino Pomar, quien se portó con serenidad y valor, que disparara su revólver sobre los dos asesinos que me atacaban. El cochero Vargas atropelló al asesino que quiso detenerlo. Este se hizo a un lado y se dirigió por el lado derecho del coche y disparó cinco tiros de revólver sobre mi pecho, y el que estaba atrás uno sobre mi cabeza; el capitán Pomar disparó todos los tiros de su revólver sobre los tres asesinos, que huyeron despavoridos. Mi hija Sofía se portó con gran valor y repetidas veces gritó a los asesinos: ¡cobardes! ¡asesinos! ¡demonios! La escena duraría tres minutos.

Temí que mi hija estuviera herida, porque los ocho tiros disparados sobre mí eran también disparados sobre ella, porque estaba a un lado y el coche se movía; la examiné, a tiempo que ella con gran valor me examinaba a mí. El ala de su sombrero y el “boa” que llevaba al cuello estaban atravesados por las balas en varios puntos, lo mismo que el landó. En mi vestido no dejaron rastro alguno, y con mi hija dijimos: ¡Dios nos ha salvado!³⁸

Sin más preámbulos que la fecha, el sitio y la hora, en el libro aparece enseguida la declaración rendida ante el jefe de la policía por la señora Elena Cárdenas de Pedraza, despachadora de la Bodega de San Diego, quien fue

interrogada por las autoridades de policía en el mismo lugar poco tiempo después del atentado.

A este relato se suma la declaración del Capitán Faustino Pomar, oficial de órdenes del presidente Reyes, quien lo acompañaba durante el paseo a Chapinero.

La parte principal del relato corresponde a las declaraciones sucesivas del ciudadano Juan Ortiz, de treinta años de edad, quien fue interrogado por la policía, por primera vez, el mismo día del atentado. Poco antes de la medianoche hubo un segundo interrogatorio. En ambas oportunidades, Ortiz negó en forma rotunda su participación en el asalto o en su preparación.

En la tercera declaración, el 12 de febrero, los funcionarios le preguntan a Ortiz si conoce a Roberto González y a Fernando Aguilar. Estos dos hombres fueron señalados como los posibles asesinos que se hallaban con Ortiz en la Bodega de San Diego cuando pasó el carruaje del presidente.

El cuarto interrogatorio de Ortiz fue hecho el 17 de febrero a las dos y cuarto de la mañana, en la jefatura militar del Distrito Capital. En él, amplió su declaración del 10 de febrero y confesó que Pedro León Acosta,³⁹ un general conservador, gamonal de Suba, lo había buscado en su oficina unos días antes y le propuso participar en un complot para “robarse” al general Reyes. Como causa, alegó que el general iba a entregarle el poder a los liberales y luego iba a marcharse a Europa, de vacaciones.

La quinta declaración de Ortiz fue el 17 de febrero a las 10:15 de la mañana. La sexta, el 20 de

38 Obra citada. Páginas 43 a 46.

39 Este mismo general también fue acusado en 1914 de haber tomado parte en un complot para asesinar al general Rafael Uribe Uribe, caudillo del liberalismo. Por esta acusación fue involucrado en el famoso juicio contra los asesinos del general, celebrado en Bogotá en 1918.

febrero, a las 9 y 11 minutos de la noche, en la comisaría especial de la Policía Nacional. En esta última, decidió confesar todos los pormenores del complot que buscaba "robarse" al general Reyes y llevar al poder a un grupo de conservadores recalcitrantes que rechazaban cualquier asomo de acuerdo con el partido liberal. La indagatoria continuó a las 10:45 de la noche en la Jefatura Militar del Distrito Capital y se prolongó hasta las 9:15 de la mañana del día siguiente.

El 21 de febrero, Ortiz compareció ante el Ministro de Gobierno y el 23 rindió una nueva declaración en la que puso al descubierto a casi todos los jefes conservadores que planearon el atentado y a los autores materiales del mismo.

Los relatos sucesivos con las distintas versiones de Ortiz producen en el lector una honda impresión. Los detalles que el acusado revela se van acumulando. Las imágenes pasan por la mente como si hubieran ocurrido delante de nuestros ojos. Los hechos son apabullantes. Las escenas se van superponiendo unas a otras como en un relato cinematográfico. El contrapunto es admirable. La historia se va leyendo como si fuera una novela. Pero una novela sin ficción, tomada en forma directa de la vida, y que cuenta los hechos tal y como sucedieron, usando para ello las voces de los mismos protagonistas.

Después de las declaraciones de Ortiz, la historia continúa: el libro presenta un informe de la policía, fechado el 2 de marzo de 1906, en el que se relata paso a paso cómo fueron capturados en la Punta de Suba, a las 5:30 de la tarde, Marco A. Salgar, Fernando Aguilar y Roberto González, los tres

hombres acusados de haber atacado a balazos al general Reyes y a su hija. González todavía cojeaba a causa de la herida de bala que recibió en su pierna derecha al ser alcanzado por los disparos del oficial de guarda del presidente.

A lo largo de sus páginas, la obra está ilustrada con fotografías tomadas durante la reconstrucción del crimen, planos del sitio, elaborados por la policía, y rutas de escape de la berlina del presidente y de cada uno de los atacantes. También reproduce los mensajes de condolencia que recibió el general Reyes a raíz del atentado, las notas de un repórter de El Correo Nacional tomadas el 10 de febrero en su propia libreta de apuntes, y una crónica de los sucesos de ese día escrita por otro periodista.

A esta larga lista de documentos se suman las declaraciones rendidas ante los funcionarios encargados de la investigación por cada uno de los acusados. En ellas pueden comprobarse las afirmaciones de Juan Ortiz en sus testimonios sucesivos, primero negando el crimen, luego acusando a sus compañeros y por último confesando su participación. A través de los relatos que se alternan puede verse cómo el atentado contra el general Reyes fue planeado con varias semanas de anticipación. También se comprende que en él tomaron parte varios jefes conservadores apoyados por un sector del ejército. Los asesinos confesaron que además de los revólveres, ese día llevaban puñales para rematar al presidente ya que habían sido advertidos de que él acostumbraba a usar debajo de sus ropas una "cota de malla" fabricada en metal, la cual podía protegerlo de las balas.

Por último, el narrador anónimo cuenta cómo fueron llevados a juicio y condenados los principales responsables de la conspiración, con excepción de Pedro León Acosta, quien logró huir de Bogotá y al parecer viajó a Venezuela.⁴⁰ También se revela el contenido de una carta del acusado Juan Ortiz, entregada a su confesor poco antes de la ejecución de la sentencia, donde Ortiz confiesa el crimen y agradece al general Reyes su promesa de velar por sus hijos y su esposa, después de su muerte. A continuación se transcriben las actas del consejo de guerra, con una relación de la ejecución de los cuatro hombres hallados culpables, acompañada de fotografías tomadas en el sitio.

La historia termina de este modo: "... Cerca de las seis de la tarde del mismo día, la ciudad fue recorrida por compañías de la policía que promulgaban por bando la sentencia y hacían a los habitantes de la ciudad las prevenciones y advertencias que son de ordenanza.

Por la noche se hizo el sorteo de los cuerpos de ejército que estaban en la ciudad, para que la suerte determinara cuál de ellos debía ser el ejecutor de la sentencia (...)

El día 6, desde las ocho de la mañana, empezó el desfile de las tropas tocando marchas fúnebres, y de la gente conmovida y ansiosa, hacia el lugar señalado para el cumplimiento de la sentencia.

Los presos, que desde la víspera habían sido conducidos al Panóptico, fueron interrogados en aquellos solemnes momentos para que, por última vez, dijeran si era verdad lo que habían manifestado en sus declaraciones y todos ellos las ratificaron con muy ligeras variantes.

A las diez de la mañana fueron sacados del Panóptico. Ortiz, Salgar, González y Aguilar, acompañados de todos los que en el sumario aparecían como cómplices, auxiliadores o encubridores, y algunos de los presos que desde antes estaban detenidos allí por delitos comunes, todos con la guardia y las seguridades necesarias; y tras ellos los carros mortuorios con los ataúdes en que debían ser conducidos los cadáveres de los ajusticiados.

En Barrocolorado se agrupaba una multitud de más de diez mil personas para ver el último acto del sangriento drama.

Llegados al fatal sitio, Salgar, Aguilar, Ortiz y González fueron colocados en los banquillos, sobre los cuales, y en el orden dicho, estaba el nombre de cada uno de ellos y su sentencia de muerte.

Los sentenciados fueron colocados con la cara hacia el occidente. Cercanos a ellos, y sentados en bancas de madera, se hallaban los cómplices, auxiliadores y encubridores, los cuales, desde que llegaron, se cubrieron la cara con pañuelos o con los sombreros,

para no ver el desenlace conmovedor de la tragedia en la que habían tomado parte.

A las once de la mañana, sentados los presos en los banquillos, atados a éstos y con los ojos vendados, y separados de ellos los sacerdotes que los habían ayudado en el terrible trance, la escolta de la policía avanzó silenciosamente hasta ponerse, en número de treinta y dos, en grupos de a ocho, en frente de cada banquillo.

El oficial, a quien tocó en suerte mandar la escolta, hizo con la espada la señal de fuego; se oyeron las detonaciones, y una nube de humo se extendió entre los ajusticiados y los concurrentes.

Momentos después la nube se disipó y aparecieron los acusados con las cabezas inclinadas, pero al ser examinados se notó en ellos alguna señal de vida.

Era preciso terminar la agonía, y una segunda descarga, ordenada también en silencio, puso fin a ella.

Los cadáveres de los ajusticiados fueron quitados de los banquillos y colocados en los ataúdes que se habían llevado al efecto.

Después de la exposición ordenada por la ley, los cuerpos fueron cubiertos, colocados en los carros mortuorios y conducidos al cementerio en medio de la multitud conmovida y silenciosa.

En el cementerio, los médicos oficiales practicaron el reconocimiento legal del cuerpo de cada uno de los ajusticiados, y de esa diligencia resultó que ninguno de ellos daba la menor señal de vida, cuyo certificado se publicó en los periódicos de la ciudad.

Tras esto los cadáveres fueron depositados en el cementerio circular occidental de la ciudad.

Así quedó terminado en cuanto a ellos el terrible drama, pagando con su vida el bárbaro atentado del 10 de febrero, a que los condujeron personas que hubieran obtenido el provecho del crimen, si Dios no hubiese velado por la vida del general Reyes y por los destinos de Colombia."⁴¹

JUAN JOSÉ HOYOS es periodista y escritor. En la actualidad es profesor de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

41 Este fragmento ha sido tomado del ejemplar de EL 10 DE FEBRERO que hace parte del archivo de la Sala de Investigaciones de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia. Una reproducción del mismo también se encuentra en el libro REPORTAJE DE LA HISTORIA DE COLOMBIA, citado antes.